

Estructura y método en el estudio de los procesos de cambio mundial

Graciela Arroyo Pichardo, *Metodología de las Relaciones Internacionales*, México, Oxford University Press, 1999. 165 p.

VÍCTOR BATA FONSECA

Preocupada a lo largo de su trayectoria académica por los problemas teórico- metodológicos de la disciplina de las relaciones internacionales (RI) y empeñada en sentar las bases para construir una corriente mexicana en la investigación sobre los fenómenos mundiales, Graciela Arroyo Pichardo (GAP) nos entrega su más acabada contribución personal en el sinuoso camino de la consolidación metodológica y teórica de esta joven ciencia social.

Se trata del libro *Metodología de las relaciones internacionales*, presentado a mitad del paro universitario de 1999, pero que no deja de ser de actualidad para todos aquellos que se preocupan por el problema de cómo abordar el estudio de la compleja realidad mundial contemporánea.

Como señaló Margot Sotomayor en una reseña publicada en la revista *Relaciones internacionales* núm. 80-81, se trata de una propuesta metodológica que siembra la inquietud cognoscitiva frente a la crisis de los paradigmas que produjeron los cambios mundiales de la última década, a las ciencias sociales en general y a las relaciones internacionales en particular.

Arroyo Pichardo plantea que es urgente revisar el camino que ha seguido la teoría de las relaciones internacionales en su intento por explicar los fenómenos mundiales. Tal urgencia, dice, obedece a que no sólo las RI sino todas las ciencias sociales fueron puestas en jaque a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta, al desencadenarse una serie de cambios mundiales que "modificaron la estructura del sistema internacional".

La autora enumera 23 de esos procesos que trastocaron el sistema mundial, mismos que por razones de espacio podemos resumir en los más significativos: aquellos que están íntimamente ligados con lo que se ha llamado proceso de globalización, que abarca las esferas de la producción, el comercio, las finanzas, el conocimiento, la informática, así como sus efectos sociales; aquellos otros que tienen que ver con la debacle del sistema socialista, tales como la desintegración de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría; y otros de igual importancia,

como la crisis de la Organización de Naciones Unidas y el derecho internacional; la desintegración de estados multinacionales; la internacionalización de problemas sociales como la pobreza y una supuesta disminución del papel del Estado, entre otros.

De por sí complejo, el objeto de estudio de la disciplina de las relaciones internacionales (“esa intensa urdimbre de seres, cosas y conexiones, de acciones, interacciones, situaciones, procesos, fenómenos y problemas”) parece más difícil de aprehender científicamente a la luz de todas estas transformaciones señaladas en el párrafo anterior.

Sin embargo, a diferencia de Jean Louis Martres, encargado de prologar la obra que comentamos, GAP cree que sí es posible dar cuenta de la dinámica del sistema internacional en su conjunto, o cuando menos, de estructurar un método que oriente la búsqueda y que “guíe el timón de una nave que desea llegar al buen puerto del conocimiento científico” de las relaciones internacionales.

El problema del método es central, dice, toda vez que la falta de “consenso” sobre “un” método ha obstaculizado el avance científico de la disciplina de las relaciones internacionales.

A la inversa, no pocos internacionalistas piensan que es precisamente la variedad de métodos y enfoques teóricos, y el debate que se genera entre quienes los postulan, lo que

puede hacer avanzar y enriquecer las aportaciones teóricas en un campo de estudios cuya complejidad y dinamismo dificulta cualquier intento de dar orden conceptual al movimiento transnacional de las actuales relaciones sociales.

En su libro, GAP se propuso encontrar un método que logre explicar por qué ocurrieron los procesos señalado líneas arriba, mismos que, a su juicio, “modificaron la estructura del sistema” internacional; y a la vez explicar el método que se siguió para lograr tal explicación.

Arroyo Pichardo parte del concepto de estructura para dar cuenta de la dinámica del cambio mundial, y aunque Margot Sotomayor le atribuye erróneamente una filiación al método “histórico dialéctico sin materialismo” de Philip McMichael, la autora parece más cercana a una variante del estructuralismo histórico que a cualquier otra corriente metodológica.

“El método que se propone podría denominarse sistémico-estructuracionista o estructuracionista histórico, ya que trata de explicar el cambio en la estructura del sistema internacional como resultado de las interacciones entre los componentes de su estructura y de una serie de procesos dinámicos que, al influir sobre estos elementos, han dado como resultado las transformaciones actuales del sistema y de la historia... Lo anterior permite

considerar al sistema mundial como un sistema dinámico y abierto que con el transcurso del tiempo se hace cada vez más complejo" (p. 47).

Más adelante la autora especifica que es común encontrarse como sinónimo del término estructura, el de organización o el de sistema. "No puede hablarse de sistema sin mencionar su estructura. Una de las características principales de la estructura y del sistema es la connotación de totalidad. Un sistema se define como una totalidad estructurada", que de acuerdo con J. Peaget implica no sólo la posibilidad de transformación sino de "autorregulación" (p. 48). "El carácter dinámico de las estructuras se debe al paso de la historia, y ésta es el resultado de la acción humana, dirigida de una manera consciente o no", remata Arroyo Pichardo.

La propuesta metodológica que contiene la obra que comentamos no es un invento de la autora. De acuerdo con Richrad Little, Kenneth Waltz, Friberg Mats, Hetnne Bjorn, Philip McMichael y otros autores, GAP plantea enriquecer la visión sistémica y estructuralista del mundo con ayuda de la dialéctica.

Esto la lleva a considerar la existencia de un sistema central y de uno o varios contra sistemas, entendidos como el conjunto de actores y factores que se oponen al sistema dominante, subsistemas donde se encubran las fuerzas del cambio mundial.

Y es que el Estado territorial como objeto de estudio de las ciencias sociales, argumenta GAP, dejó de serlo desde hace tiempo. Por ello, "la división de las ciencias sociales en función de los elementos y las características de la actividad estatal resulta inoperante frente a realidades sociales, procesos y problemas que han rebasado las fronteras políticas tradicionales".

A partir de este planteamiento metodológico, GAP propone como hipótesis central de su investigación que "los cambios ocurridos en la estructura del sistema mundial durante el periodo comprendido entre 1982 y 1992 propiciaron la ruptura del equilibrio preexistente y pueden explicarse mediante el análisis de las interacciones de los elementos o actores principales del sistema, en conjunción con las grandes fuerzas, características de la dinámica de este ciclo: a) La tercera revolución científico técnica. b) La reestructuración económica. c) La reestructuración política. d) La reformulación ideológica".

Ella parte del supuesto de que el equilibrio que existía en el sistema internacional fue roto con los cambios que se produjeron en la década señalada. Afirma que se produjo un cambio estructural ya que "los cambios en las partes (la desintegración de la URSS, por ejemplo) también producen modificaciones en las propiedades del todo y en sus relaciones (acciones e interacciones recíprocas). Los cambios generan

un movimiento que conduce a la autorregulación del sistema”, afirma (p. 51).

Otro supuesto central de la obra asegura que las fuerzas dinámicas una vez puestas en movimiento adquieren una aceleración tal que las libera de todo control y se constituyen en la inercia del sistema.

Los dos supuestos son cuestionables. En principio, no es de todo aceptable que los cambios mundiales acelerados a partir de la caída del Muro de Berlín signifiquen un cambio en la estructura del sistema internacional. Desde la consolidación de estados nacionales en Europa, proceso que se puede ubicar durante los siglos XVIII y XIX, la característica fundamental del sistema internacional es su estructuración a partir de esas unidades sociales que son los estados territoriales.

Todos las grandes transformaciones históricas que se conocen han respetado esa forma de organización político-social que se llama Estado-nación, aunque en una infinidad de casos se trata de estados multinacionales.

Así ocurrió cuando en la década de los sesenta el proceso de descolonización culminó en el reconocimiento de nuevos estados independientes en Africa y Asia; así ocurrió cuando la aparición del socialismo tuvo que respetar el modelo de organización política fincado en el Estado-nación; así ocurrió más tarde cuando la URSS,

Checoslovaquia y Yugoslavia se fragmentaron, pues a pesar de que de ellas surgieron nuevos países todos se organizaron a partir del Estado territorial.

Dado que en los tres procesos (descolonización, creación del bloque socialista y desintegración de la URSS y otros países) se preservó la forma de comunidad humana llamada Nación y la forma de organización política conocida como Estado, podemos adelantar que la estructura básica del sistema internacional no ha sido modificada de raíz.

Sin embargo, la desaparición del subsistema socialista sí puede ser resultado, entre otros factores, de la consolidación de una subestructura no estatal compuesta por entidades civiles de tipo económico, político, cultural, religioso, etcétera, cuyo papel en la política doméstica y la dinámica internacional ha cobrado auge en los últimos años, en conjunción con la reestructuración económica, política e ideológica que vive el mundo.

Pero ello no quiere decir que la destrucción de un subsistema implique que estemos ante un cambio en la naturaleza de la estructura internacional, formada por cerca de 200 estados que ejercen su soberanía sobre el mismo número de espacios territoriales.

Son otros tipos de fenómenos, como la globalización, los que sí están minando los cimientos del sistema internacional en su conjunto, pero no al grado de

pregonar el fin del Estado. "La tendencia abarcadora de la globalización que pone de manifiesto los principios de libre mercado entra en conflicto directo con la estrechez de las fronteras nacionales, pero a pesar de los discursos parece ser cierto que el Estado en la actualidad sigue manteniendo cada una de sus funciones originales, en el mismo sentido en que éstas fueron concebidas desde los tiempos de Hegel. Las funciones originales del Estado —que son ser el principal organizador que se encarga de garantizar las normas institucionales, desempeñar el papel de articular los intereses en la realización de la distribución, así como cumplir la función de velar por la soberanía territorial que plantea homogeneizar la diversidad social—, son tan vigentes como antes", señaló Edit Antal en un ensayo publicado en el número 24 de *Acta sociológica*.

En otro supuesto cuestionable se refiere al carácter de variable independiente y de fuerza incontrolable que se le atribuye a la actual revolución científico-técnica. Según GAP, "el mantenimiento del sistema es lo que determina la dirección, las funciones y la velocidad del progreso técnico. Esto propició que la tercera revolución científico-técnica, de manera autónoma, se convirtiera en una variable independiente, de la que depende el progreso económico. Luego entonces, es el progreso científico-técnico el que determina

la lógica de la evolución del sistema y orienta su política de funcionamiento" (p. 76), dice Arroyo Pichardo, suponiendo que el conjunto de innovaciones en los campos de la electrónica, informática, robótica, telemática, biotecnología, ingeniería genética y las comunicaciones no tienen dueño y se producen al margen de los grupos y clases sociales específicos.

Parece no haber duda del impacto que están produciendo en todos los órdenes de la sociedad internacional los nuevos descubrimientos científicos aplicados a la producción, la comercialización, la comunicación, la educación, la cultura y otras actividades humanas. Pero quienes han estudiado el fenómeno de la globalización no dudan en ubicar estos adelantos en el terreno de la ciencia aplicada como efectos de la agudización de la competencia entre los principales centros capitalistas mundiales. Se trataría de manifestaciones concretas en la búsqueda de nuevas ventajas comparativas, de la búsqueda de mayores márgenes de plusvalía por la vía de las innovaciones tecnológicas, en fin, se trataría de los efectos de la encarnizada competencia capitalista que llevan a cabo las gigantes corporaciones transnacionales.

Ekkehart Krippendorff puso en claro la vinculación de los avances científicos con el modo de producción al analizar la revolución industrial del siglo XIX

y sus efectos en la configuración del sistema internacional capitalista.

“La revolución industrial nació de la revolución capitalista y no a la inversa. Esta diferenciación es de gran trascendencia práctica por la necesidad de evitar el sofisma de que la tecnología es la variable autónoma que obedece a leyes y estructuras dinámicas propias, independientes de las condiciones de la sociedad. Esta suposición implica que bastarían los medios técnicos y administrativos para resolver todos los problemas creados por la revolución industrial”. (*El sistema internacional como historia*, p. 21.)

Aunque GAP los ubica como “consecuencias del proceso de globalización”, Margot Sotomayor hizo bien en considerar como importantes factores del cambio de la estructura mundial a la serie de procesos que caracteriza la actual etapa del desarrollo capitalista:

“Una reorganización de los procesos productivos con base en una nueva división internacional del trabajo. La necesidad de reestructuración del comercio, debido a la producción de excedentes y a la competencia. La formación de excedentes financieros que es necesario movilizar en forma de inversiones seguras o juegos bursátiles. Una distribución desigual, aunque legítima de la riqueza” (pp. 74-75).

Por otra parte, Arroyo Pichardo admite que en el campo de las

relaciones internacionales es muy difícil proceder a la comprobación de hipótesis, establecer generalizaciones o actuar inductivamente, pero ello no quiere decir que no se puedan determinar relaciones causales a partir de una variable o un conjunto de ellas, “ya que si bien los fenómenos, procesos o acontecimientos no se repiten, las variables semejantes o equivalentes pueden concurrir en la producción de fenómenos semejantes, al mismo tiempo que diferentes. Tal sería el caso de los cambios ocurridos en la estructura del sistema mundial a través de la historia o de los cambios registrados en algunas subestructuras o componentes” (p. 81).

Estas consideraciones no impiden que GAP proponga la utilidad del “método de las conexiones causales” para explicar —con la ayuda de un ejemplo casuístico— un proceso de cambio concreto: la desintegración de la antigua Yugoslavia y su impacto en el sistema mundial de la década de los ochenta.

Para su análisis, establece una lista de fenómenos sin los cuales la crisis yugoslava no hubiera estallado (“causas necesarias”): la crisis económica interna y el fracaso de las reformas estructurales, las iniciativas democráticas, la crisis ideológica, el impacto del proceso de integración europeo, la revolución científico-técnica, la disolución del Pacto de Varsovia y la emergencia

de los nacionalismos de nuevo tipo. Como "causas suficientes" (aquéllas en cuya presencia el fenómeno debe ocurrir) menciona la militarización de la sociedad yugoslava y de los distintos grupos nacionales y los intereses estratégicos externos.

La conclusión que extrae GAP después de analizar el desarrollo histórico de la crisis yugoslava es que su desintegración fue producida por la concatenación de una serie de fenómenos interconectados, que no se trata de un fenómeno aislado, ni es una consecuencia mecánica de transformaciones externas.

"El punto de encuentro de procesos seculares como el liberalismo económico y la transformación del sistema productivo del mundo capitalista, debido a la introducción de innovaciones técnicas revolucionadoras del sistema, así como el afán democratizador de las instituciones políticas, particularmente en países considerados de regímenes totalitarios, lanzado por países de economía de mercado, produjeron el resquebrajamiento en países como Yugoslavia, que orientaron sus estructuras económicas de manera diferente, en este caso, la de autogestión de las empresas de propiedad socialista."

La "solución inducida" que ocurrió en Yugoslavia y que devino en la separación de Eslovenia y Croacia, en la guerra en Bosnia Herzegovina, en levantamiento en Kosovo y en la

crisis de liderazgo en Serbia afectó el equilibrio del sistema mundial produciendo cambios ostensibles en el mismo, en relación con la estructura que presentaba en 1983, es la conclusión central del análisis de GAP. Sobra decir que el resultado se obtuvo al margen de cualquier consideración que contemple a los grupos sociales y nacionales yugoslavos como agentes históricos de los cambios.

La misma conclusión se extrae cuando analiza las causas de la desintegración de la Unión Soviética, "el más importante acontecimiento transformador del equilibrio y de la estructura del sistema mundial".

Tras una revisión histórico-conceptual de la constitución del Estado soviético, GAP sostiene que en el centro de las causas que provocaron el derrumbe de la URSS se encuentra la determinación del gobierno de Ronald Reagan de lanzar la Iniciativa de defensa estratégica conocida como "Guerra de las galaxias", proceso al que atribuye la característica de haber propiciado una "nueva división internacional del trabajo, pues introdujo la globalización en los procesos productivos, las comunicaciones, las finanzas, el comercio y los servicios".

Este hecho recrudesció la guerra fría y por ende distrajo recursos económicos soviéticos hacia el terreno del armamentismo. Junto a ello, la crisis en el monopolio del poder por parte del partido comunista,

las presiones del FMI para el pago de la deuda externa y el surgimiento de conflictos nacionalistas fueron "causas necesarias" en la desintegración de la URSS.

Las implicaciones de la desintegración de la URSS son varias. La primera de ellas fue que el equilibrio estratégico militar se rompió. Esto originó, dice Arroyo Pichardo, la reconfiguración del mapa euroasiático, nuevas formas de alianza, la emergencia de nuevos actores, desórdenes políticos y la pretensión de instaurar un nuevo orden económico global.

"Fue la tercera revolución científico-técnica la que rompió el *impasse*, produjo la quiebra de uno de los grandes rivales, y con esto el fin del sistema anterior."

En términos generales podemos coincidir con la autora en el punto de que el sistema internacional se modificó por cuanto la desintegración de la URSS y Yugoslavia significaron un aumento en el número de estados independientes. Ciertamente se modificó en cuanto al equilibrio militar que existía durante el periodo de la guerra fría que dio paso a la hegemonía militar norteamericana. Se modificó en cuanto desapareció el enfrentamiento ideológico capitalismo-socialismo como factor de legitimación del enfrentamiento bipolar en cada uno de los subsistemas. Se modificó porque contribuyó a la emergencia de un nuevo

subsistema internacional no estatal con un peso específico importante en la arena mundial. Se modificó, finalmente, porque reimpulsó la globalización del capitalismo, entendido como proceso de dominación social y apropiación económica de vastos territorios del mundo.

Pero a nuestro juicio, el sistema internacional no ha cambiado en lo fundamental pues subsiste la misma pauta de desigualdad entre países; la política del poder sigue siendo una realidad de la dinámica internacional; el dominio del débil por el poderoso y la explotación de la nación pobre por la nación rica prevalecen como pautas de conducta del sistema.

Queda por ver si en el futuro el nuevo subsistema en emergencia (lo que yo llamo la sociedad civil internacional) podrá modificar la raíz y la naturaleza de la estructura mundial y las pautas de su movimiento, pero esto se hará sólo minando los cimientos del Estado e impulsando formas supranacionales de gobierno mundial. Sin embargo, puede ocurrir un proceso contrario: que los actores más dinámicos de la sociedad civil internacional terminen desempeñando el papel de comparsas de los agentes sociales y económicos (la nueva burguesía transnacional) que dirigen la globalización de las relaciones sociales.

En resumen, *Metodología de las relaciones internacionales* es un libro que contiene innumerables aportaciones

teórico-metodológicas para el estudio de los fenómenos internacionales —una de ellas su interpretación teórica sobre la evolución histórica del sistema internacional—, y aunque algunos de sus planteamientos merecen una mayor profundización, desde nuestro particular punto de vista se trata de la más importante contribución mexicana al debate teórico contemporáneo sobre el

problema de cómo abordar el estudio de las relaciones internacionales.

Y es que, a diferencia de aquellos que propugnan por la adopción de determinado enfoque teórico sin aterrizar su planteamiento en una investigación concreta, Graciela Arroyo Pichardo lleva su propuesta metodológica a sus últimas consecuencias: su convalidación científica.